

zantes— provocan la aparición de excedentes de difícil colocación. La campaña de 1966 registra un incremento de producción de 10 por 100 sobre el año anterior. “Sin embargo, la composición de esta producción continúa planteando graves problemas. Se asiste durante el último año a una evolución positiva en el sentido de adaptar la estructura de la producción a la de la demanda; aumento considerable de la producción de carne y de los cultivos forrajeros. Pero la insuficiente adaptación de la política gubernamental (concerniente, por ejemplo, a la relación entre los diferentes precios garantizados) ha provocado un aumento, superior con mucho a las necesidades normales, de las cosechas de ciertos productos tradicionales, como el trigo y el vino. La colocación de los excedentes de estos productos es extremadamente difícil y sólo puede hacerse a un precio netamente inferior al coste de producción. Es de temer que esta utilización antieconómica de recursos persista algún tiempo”.

Los peligros de mantener una situación de este tipo eran evidentes. La compra de las cosechas excedentarias exigía una expansión considerable del crédito —casi en su totalidad público— concedido a los Organismos compradores, con la consecuencia inmediata de aumentar la liquidez del sistema en un momento de fuertes presiones inflacionistas. La colocación de los excedentes suponía al mismo tiempo fuertes pérdidas financiadas con cargo al Presupuesto y, finalmente, se desaprovechaban recursos que, mejor empleados, habrían permitido disminuir las importaciones sin elevar por ello los precios de los productos agrícolas superiores.

Para resolver estos dilemas el Informe pedía un aumento de las inversiones —en las circunstancias particulares de España en aquel momento, sobre todo de las inversiones públicas— “estrechamente ligadas a una reforma de las medidas de sostén de precios y otras, apuntando a acelerar la transformación indispensable de la composición de la producción”.

El último Informe lo ha sido en enero de 1969. La coyuntura ocupa de nuevo su centro, lo cual es lógico, pues en el período examinado la economía ha pasado por una devaluación y una recesión de la que parece estar comenzando a salir. El tono general es moderadamente optimista, y también el aplicado concretamente a la agricultura, pues “la estructura de la producción parece haber continuado modificándose en el sentido deseado y el movimiento incluso se ha acelerado. El peso creciente que han tomado los cereales secundarios a expensas del trigo se explica, en parte, por la modificación de los precios de sostén de los que estos cultivos, respectivamente, se benefician... Además, a juzgar por ciertas indicaciones, los métodos de producción han continuado mejorando”.

Un optimismo que en parte parece fundado y en parte puede basarse en que por el momento —y como no podía por menos de ocurrir en una situación de atonía general de la actividad económica— los precios agrícolas parecen no haber tenido el impulso desestabilizador de años pasados (aunque “el índice general de precios percibidos por los agricultores se incrementó en 1968 en un 6,3 por 100 respecto a 1967”).

El gran problema es si, con la economía acelerándose, las políticas de precios de importaciones y de inversiones podrán seguir mejorándose de tal forma que la economía agrícola evolucione a lo largo de las líneas óptimas que la OCDE cree observar en 1968. O si se volverá a repetir la historia. “De 1960 a 1966 el índice de precios derivados del PNB ha probablemente aumentado como media, cerca de 6,5 por 100 al año... una de las principales causas del alza de precios ha sido, sin ninguna duda, la sustancial elevación de los precios agrícolas garantizados, que ha repercutido sobre el precio de los artículos alimenticios. Estos han aumentado fuertemente en 1965 (un 15 por 100) y el alza media puede cifrarse en un 7 por 100 anual para el conjunto del período”.

*De Economía Española*